

Carles Porta

# **FAGO**

**Si te dicen que tu hermano es un asesino**

*Premio Huertas Clavería*

*La Campana*

**Fago** ha recibido el **premio Josep Maria Huertas Clavería 2012**, concedido por un jurado formado por los miembros de **La Lamentable Peña** (José Martí Gómez, Enric González, Maria Eugenia Ibáñez, Joan de Sagarra, Antònio *el Paleta*, Juan Antonio Roqueta, Pilar Aymerich, Ángel Alonso, Mateo Seguí, Eugeni Madueño, Bru Rovira, Joaquim Capdevila, John W. Wilkinson, Pedro Madueño y Salvador Sansuán) y el fiscal José María Mena, que participaba como invitado.

«Quiéreme cuando menos lo merezco,  
porque es cuando más lo necesito»

PROVERBIO CHINO

*La traducción de esta obra ha obtenido una ayuda del Institut Ramon Llull.*



1ª edición: marzo de 2012

Título original: *Fago*

© Carles Porta Gaset, 2012

© de la traducción, Cristina Viñas Racionero

© Edicions La Campana

Muntaner, 248, 1º, 2ª

08021 Barcelona

Tel.: 93 453 16 65 / Fax: 93 451 89 18

campana@edicionslacampana.cat

www.edicionslacampana.cat

Diseño cubierta: Zink comunicació

Foto cubierta: Getty Images / © Stephen Carroll

ISBN: 978-84-96735-70-5

Depósito legal: B. 8.492 - 2012

Fotocomposició: EdiGestió (Barcelona)

Impreso en Romanyà/Valls. Capellades (Barcelona)

## Prólogo

«Todos los vecinos de un pueblo, sospechosos del asesinato del alcalde»: este titular llamó la atención de los medios de comunicación de toda España, y de media Europa.

El sábado 13 de enero de 2007 encontraron muerto al alcalde de Fago en el fondo de un barranco con un tiro de escopeta en el pecho. Al día siguiente, los periódicos hablaban de un moderno Fuenteovejuna, y relataban que la policía había tomado muestras de ADN a todos los vecinos de aquella pequeña localidad del Pirineo de Huesca.

El lunes 15 de enero acepté la propuesta de Agustín Pery, subdirector de *El Mundo*, de ir hasta allí y escribir una crónica de los hechos. El lunes mismo, por la tarde, busqué alojamiento en Fago. Por aquel entonces el pueblo constaba de dos casas rurales. Una, Casa Tadeguaz, estaba a nombre de Miguel Grima. Era el muerto. No llamé. La otra, Casa Antoniales, estaba a nombre de Santiago Mainar. Llamé, pensando que los encontraría afligidos y que quizá habrían cerrado en señal de duelo. Pero cuando le pregunté cómo estaban, el hombre que hablaba al otro lado del teléfono me dijo: «Encantados, felices de la vida», y quedamos que al día siguiente, hacia el mediodía, llegaría al pueblo para pasar allí una temporada.

Fago está a tres horas de Lleida, donde vivo. Llegué desde Ansó, siguiendo una carretera estrecha y llena de curvas. Hay un momento en el que atraviesas un pequeño túnel, excavado en una enorme roca que corta la carretera, y tienes la sensación de entrar en un mundo perdido. Fago es un pueblo de postal. Aquel martes 16 de enero a las dos del mediodía, cuando llegué

a la plaza del pueblo, se me cayó el alma a los pies. Había una cincuentena (o más) de coches de teles, radios y periódicos, y decenas de periodistas, productores y técnicos. Y ni rastro de la gente del pueblo. Santiago Mainar, el propietario de la casa rural, me vino a recoger a la calle principal (y prácticamente la única) para mostrarme dónde debía aparcar, lejos de aquel jaleo. Pensé que con tanto ruido sería imposible explicar la historia de aquel pueblo, y me imaginé volviendo a casa al día siguiente.

Subí a la habitación. Era muy acogedora, con el suelo de madera, una cama grande y una estantería enorme llena de latas de cerveza vacías, una decoración original y curiosa. Después, regresé al comedor, en la planta baja. Estábamos solos el propietario y yo.

–Oye, Santiago, ¿cuánta gente va a dormir aquí esta noche?  
–le pregunté temiéndome lo peor.

–Nadie. Tú y yo solos. ¿Por qué? –me contestó extrañado.

–¿Y dónde duermen todos los periodistas? –dije yo.

–No lo sé. En Ansó, o en Jaca, supongo.

Y me asaltó un pensamiento egoísta y malicioso.

–¿Cuántas habitaciones tienes, Santiago?

–Tres.

–Pues te las alquilo las tres. Aquí no duerme nadie más.

Aquel hombre rubio, de ojos azules y simpático, que no parecía nada afectado por los acontecimientos, sonrió y se encogió de hombros.

–Pues muy bien. Tú sabrás lo que haces.

Al cabo de dos días, un periodista de *El correo* preguntó si había sitio. Santiago le tuvo que decir que no (¡lo siento, chico!). Desde el mediodía del martes hasta el sábado a media mañana, cuando me fui de Fago, pasé la mayor parte del día y buena parte de la noche con Santiago Mainar. No paramos de charlar, y lo acompañé unas cuantas veces a su granja de vacas; él me prepa-

raba el desayuno, la comida y la cena. Nos íbamos a dormir pasada la una de la madrugada hablando de todo, pero sobre todo de la vida en Fago, del alcalde y del crimen. Aquel hombre y yo entablamos una buena relación. Era muy agradable; y su casa, muy acogedora.

Aquellos días también quedó muy claro que mi anfitrión era el único del pueblo que hablaba con los periodistas. Creo que lo entrevistaron todos, y siempre acusaba al alcalde muerto de despota y tirano.

Poco a poco conseguí hablar con otros vecinos de Fago, que por las tardes, cuando se habían ido los forasteros, salían a dar una vuelta; corta, porque hacía bastante frío. Y por las mañanas, hacia las ocho, antes de que llegaran los periodistas –venían sobre las ocho y media para conectar con los programas de las nueve–, hablé también con algunos de los vecinos más madrugadores, especialmente mujeres.

Cuando me despedí de Santiago, me cobró las tres habitaciones, pero de ningún modo quiso que le pagara las comidas.

La crónica se publicó el domingo y se tituló «En las tinieblas de Fago». Para mí, aquella historia se había acabado.

Iba siguiendo las noticias. Era evidente el mal ambiente que había en el pueblo y en la comarca. Además de la tensa división entre partidarios y detractores del alcalde muerto, los políticos, sobre todo los de Huesca, no paraban de hacer declaraciones pidiendo la aclaración de los hechos sin darse cuenta (o quizá sí) de que cargaban mucha presión sobre los investigadores.

La investigación la llevaba un equipo de especialistas de la Guardia Civil enviados expresamente desde Madrid (¡dieciocho personas! ¡En aquel momento no había en absoluto tanta gente en el pueblo!), ayudados por casi todos los efectivos de los cuartelillos de Jaca y de Ansó. En enero de 2007 había unos setenta agentes investigando el asesinato del alcalde de un pueblo

de treinta habitantes (doce en aquellas épocas de crudo invierno); prácticamente todos los medios de España tenían enviados especiales y había corresponsales de muchos periódicos europeos (incluso de uno chino).

El viernes 2 de febrero, a las diez de la mañana, veintiún días después del crimen, estaba en el aeropuerto de Bruselas esperando para regresar a Barcelona. Sonó el teléfono. Era Agustín Pery, de *El Mundo*.

—¡Acaban de detener a tu amigo!

Di un salto en el asiento de la sala de espera, y debí de pronunciar unos cuantos improperios, porque me miró todo el mundo.

—¡Este hombre se declarará culpable! —le dije instintivamente a Agustín.

Gracias a las horas de conversación que había tenido con Santiago, sabía que era un idealista absoluto y que era capaz de dar la cara en todos los sentidos. Tanto si lo había hecho —cosa que dudaba— como, sobre todo, si no lo había hecho. «El sistema está tan corrompido; funciona tan mal, que meteréis a un inocente en la cárcel». Estaba seguro de que esto es lo que pensaba el propietario de la casa rural con quien había pasado cuatro días.

Escribí un artículo que *El Mundo* publicó en portada con el título «¿Cenando con el asesino?». Decía que todo era demasiado fácil. Expresaba públicamente que tenía la sensación de que los investigadores, los periodistas y la sociedad necesitaban un culpable y de que lo habían encontrado en Mainar. Evidentemente, tenía que creer en la Guardia Civil, el fiscal y la juez. Tenía que confiar en el sistema, ¿no? Pero no podía evitar tener dudas sobre la detención, y hablaba con afecto del personaje, porque es lo que él me había regalado a mí aquellos cuatro días en Fago.

Y, otra vez, di por zanjado el tema.

Pero tampoco.

El lunes 5 de febrero, a las seis en punto de la tarde, recibí una llamada.

—Hola. Soy Isabel Mainar, la hermana pequeña de Santiago Mainar. He leído tus artículos y me gustaría conocerte. Eres el único que no trata de asesino a mi hermano.

Aquella mujer había conseguido mi teléfono a través de un periodista amigo suyo, Pere Cullell (gracias, Pere). Intenté hacerle ver que no podía hacer nada por su hermano y que no volvería a escribir nada más. No veía qué más podía hacer y, además, no tenía tiempo, porque me pillaba en una época de mucho trabajo. Tengo que confesar que no quería implicarme demasiado en aquella historia. Había dedicado ocho años a otro crimen, el que hizo famoso al pequeño pueblo de Tor, en el Pirineo de Lleida. Me dio mucho trabajo, pero el esfuerzo valió la pena. De *Tor, tretze cases i tres morts* (La Campana, 2005) se han vendido más de cincuenta mil ejemplares, y se ha traducido al castellano (*Tor, la montaña maldita*, Ed. Anagrama) y al alemán. En aquel momento, sin embargo, no me veía con ánimos de hacer otra inmersión en un mundo real de violencia y odio. Pero la hermana pequeña de los Mainar me contó que trabajaba en un hospital de Barcelona e insistió en que nos viéramos. Me pareció que no perdería nada por tomar un café con aquella mujer; pero un café llevó a una comida; y esa a otra. Y entonces me llamó la hermana mayor, Marisa, y acabé entablando cierta relación con las dos hermanas, que me fueron relatando la historia de su familia. Poco a poco, y sin darme cuenta, me fui sumergiendo en su mundo, hasta que acabé pidiendo que le preguntaran a Santiago si querría recibirme en la prisión. Él me puso en su lista de amistades, y el sábado 3 de agosto de 2007 le hice la primera visita. Durante cuatro años le he hecho decenas de visitas a la cár-

cel de Zuera (más de sesenta) y he tenido incontables conversaciones con Marisa (más de doscientas) y unas cuantas con Amalia, nombre ficticio de la mujer que se enamoró de Santiago cuando él ya estaba en prisión. También he hablado muchas veces con Isabel y con mucha más gente relacionada con el caso. Si en Tor retraté el odio que aparecía en cada esquina, aquí en Fago me ha atrapado lo contrario: la ternura que persiste a pesar de tenerlo todo en contra, y la soledad de aquellas dos hermanas.

Con Laia Gil, mi ayudante, hemos leído, resumido y analizado los cuatro mil folios del sumario y las miles de páginas de periódico publicadas. También hemos escuchado cientos de horas de radio y visionado las horas de televisión emitidas. Seguí el juicio muy de cerca. Fui el único, además de las hermanas y la novia, que entró casi cada día en la salita donde Santiago esperaba esposado, mientras afuera había 190 periodistas. Obviamente, he repasado todas las sentencias relacionadas con el caso. He mantenido el contacto con la familia Mainar y les he dejado leer el original antes de publicarlo. Todos los retoques que me han propuesto buscan reproducir con la máxima fidelidad las conversaciones, y solamente me han pedido que cambie algunos nombres para proteger la identidad de personas que han desempeñado papeles secundarios en esta historia. He escrito este libro con total libertad. Todo lo que leeréis en él ha pasado, consta en documentos oficiales o sale de conversaciones mantenidas con los protagonistas directos e indirectos. He utilizado algunos recursos narrativos, como reconstruir algunas escenas mediante diálogos para hacerlo más legible. No estáis ante un acta notarial. No sé si Santiago mató o no al alcalde de Fago. La justicia española dice que sí, pero si me hubiera tocado formar parte de un jurado popular, yo no lo habría condenado. No con las pruebas que he conocido.

Estos cinco años me han permitido, por encima de todo, vivir junto a una familia afligida por una acusación muy grave. El libro es, en buena parte, la historia de una mujer que sufre por su hermano.

CARLES PORTA

Hasta hace un momento era una mañana cualquiera.

Son las 11.05 h del 2 de febrero de 2007. Marisa está sola en la tienda de interiorismo que tiene en el centro de Zaragoza. Acaba de esbozar el croquis de un salón y está a punto de hacer la distribución de los muebles: la mesa, las sillas, el sofá. Suena el teléfono. Es su amiga Carmen.

–¡Acabo de oír por la radio que han detenido a tu hermano... por lo de Fago!

Silencio absoluto.

–Marisa, ¿estás ahí?

–¿Eh? Sí, sí...

–¡Necesitas un abogado! –dice su amiga con determinación.

–Sí, eso... un abogado –balbucea Marisa.

Es decoradora y trabaja, sobre todo, para la clase media alta de Zaragoza. La vida le va bien. Es la mayor de tres hermanos. Ella tiene 54 años, Santiago tiene 50 e Isabel, cuarenta y pocos. Tienen buena relación, pero no se ven demasiado, no les hace falta. Él se fue hace años a vivir al Pirineo, y la pequeña hace tiempo que vive en Barcelona. Se ven algún día en verano y en Navidad durante la comida que celebran en casa de la madre, que vive sola.

Normalmente Marisa oye Radio Nacional mientras trabaja, pero esta mañana, no sabe por qué, no la ha encendido. Precisamente hoy, que todos los medios de comunicación están dando la noticia más esperada en España desde hace veintiún días: la detención del supuesto autor del crimen de Fago. Ella también esperaba la noticia, pero no se imaginaba que el protagonista

fuese su hermano. Prácticamente en estado de *shock* se deja caer en una de las butacas de exposición que hay en la tienda, pero enseguida ve llegar al hijo de la amiga que la ha llamado antes. Marisa se levanta y el joven le da dos besos como los que le das a alguien a quien le quieres dar el pésame. Hablan de pie, entre grifos, muebles y espejos.

–Tranquila, Marisa. Mi madre me ha contado... conozco a un penalista que se llama Notivoli. Creo que puedo conseguir el teléfono enseguida –le dice el chico antes de que haya tenido tiempo de pensar en nada.

Es una mujer menuda. Pelo corto, rubia, ojos marrones. Viste y se mueve de manera que nadie se fije en ella. No le gusta que la vean. Busca la discreción y la sencillez, con un punto de elegancia. Habla con frases cortas y directas. Es muy irónica. Todos los Mainar utilizan mucho la ironía para expresarse. Y las metáforas.

Una hora después de la llamada de su amiga, Marisa está sentada en un coche, en dirección a Huesca. Conduce su compañero, Fernando, un arquitecto acomodado que también supera la cincuentena. Ya han hablado con el abogado Javier Notivoli, lo han localizado en la Audiencia de Huesca, porque hoy intervenía en un juicio. Han quedado para comer y cuando terminen irán a ver a Santiago allá donde esté, seguramente en Fago.

En las redacciones, decenas de periodistas también se preparan para ponerse en camino. Todos los programas de televisión y de radio volverán a hacer conexiones en directo. Ahora toca anunciar el final del episodio que más minutos y páginas ha ocupado desde hace veintiún días, cuando se encontró el cadáver del alcalde de un pueblo de treinta habitantes en un barranco, muerto de un disparo de escopeta, y corrió la voz de que todos los vecinos podían estar implicados en el asunto porque era un tirano, como en Fuenteovejuna.

Esta mañana, el hermano de Marisa, Santiago, se ha levantado, como siempre, hacia las ocho. Vive solo, en Fago, desde hace años. Es un hombre que no habla mucho con los vecinos del pueblo, pero es muy sociable y hablador con los forasteros. Vive en una casa de turismo rural que tiene dos entradas por dos calles diferentes y a dos niveles. Él duerme y reside en la parte de atrás, que da a las otras casas del pueblo, pero la fachada de la casa mira a la montaña y está en un nivel superior. Su parte no es muy grande y se calienta rápidamente. También tiene un pequeño almacén lleno de congeladores repletos de carne porque tiene miedo de quedarse sin provisiones si la nieve aísla el pueblo. La parte de arriba, la que ocupan los turistas, cuando los hay, es la casa de toda la vida, conocida como Casa Antoniales. Es el número 10 de la calle de la Iglesia. En Fago todo está muy cerca, hay un centenar de casas, treinta y tres vecinos empadronados y, en invierno, una docena de habitantes. En la puerta de entrada de Casa Antoniales hay colgadas dos patas de jabalí. Dicen que traen suerte. El interior es todo de madera, muy confortable. A pie de calle se encuentran la cocina y el comedor, en una misma estancia, y en el piso de arriba, tres habitaciones con tres baños.

Santiago ha calentado una gran olla de leche. Normalmente es para los turistas, pero hoy está solo y no espera ningún visitante hasta Semana Santa. En invierno nadie hace turismo por este rincón del mundo. A pesar de su belleza, los propios habitantes lo llaman «la zona negra», de tan escondido y alejado que está. La leche es para los cabritillos y, sobre todo, para un ternero recién nacido que tiene en la granja, a un kilómetro y medio de Fago. Es una construcción ganadera de hace pocos años donde crían una cuarentena de vacas, unos cuantos terneros y medio centenar de cabras. También tiene dos yeguas y tres o cuatro perros. No sabe muy bien cuántos, porque los hay que van y vienen. Él los trata bien a todos, le encantan los animales.



Brilla el sol, pero hace frío. Diez grados como mucho. La nieve que cayó hace tres días todavía aguanta en los márgenes y tejados. El pueblo está tranquilo, no se ven periodistas por ningún lado. Ha vuelto la paz después de dos semanas de locura. Desde que encontraron al alcalde asesinado han pasado por el pueblo un montón de periodistas, quizá más de doscientos. Y no ha habido ni uno que haya conseguido entrevistar a un vecino de Fago que no fuera Santiago Mainar, porque los otros se escondían. Hacia las ocho y media, cuando empezaban a llegar los micrófonos y las cámaras, ya no quedaba ni un alma en las calles. Solo ojos detrás de las cortinas y los porticones. Los únicos que se prestaban a hablar eran los visitantes, los trabajadores de paso y Mainar, el de la casa rural, que repetía lo mismo en todos los medios, casi palabra por palabra.

—El alcalde gobernaba como un tirano. Este señor estaba enfermo. Empleaba tiempo, dinero y sacrificio en crear dolor y daño en los demás. En todo el valle hay caciquismo enquistado, pero aquí, más. Hay mucha gente, sobre todo viejos, que si no votan al cacique se creen que van a perder la jubilación y les van a fusilar en la tapia de la plaza. Y el alcalde se aprovechaba de ellos.

Como él era el único vecino que hablaba, los enviados especiales de los medios hacían cola en la puerta de Casa Antoniales. Con todos acababa igual.

—¿Dónde estabais hace un mes, cuando el tirano campaba a sus anchas y ni la justicia ni las autoridades decían nada? Si nos hubieseis hecho caso entonces, quizá esto no habría acabado así.

Y siempre, en un momento u otro, soltaba esta frase:

—Solo le parten la cara al que la da. Y yo la he dado mucho.

Desde el sábado 13 de enero, cuando encontraron al difunto, la Guardia Civil ha interrogado a Santiago dos veces. A él y a una decena de vecinos de la zona. Hasta hoy, todos han declarado

voluntariamente, aceptando la invitación de los agentes. Todos los que se sienten observados y bajo sospecha, que son muchos, tienen los nervios destrozados.

En invierno, Santiago no recibe muchas llamadas. Estas semanas, sin embargo, se ha hartado de descolgar el teléfono, casi siempre para hablar con periodistas y policías. Ayer por la noche le llamó la Guardia Civil para pedirle que volviera a pasar por el cuartel de Ansó, el pueblo de al lado.

—¡Pues claro! ¡Cómo no! ¡Iré a primera hora!

Después del guardia le llamó un periodista aragonés.

—¡Me dicen que se están preparando detenciones, que algo gordo podría caer! —le dejó caer el periodista pocos minutos después de las diez de la noche.

—¿Ah, sí? ¡Caramba! —exclamó Santiago con un punto de curiosidad, y enseguida añadió con ironía—: pues aquí está todo muy tranquilo... ¡y oscuro!, porque es de noche.

Hoy, viernes 2 de febrero, se ha levantado con el recuerdo de la conversación con el periodista. Se ha tomado un café con leche, ha salido a la calle y ha ido a un pequeño garaje que tiene cerca de casa y que le ha causado muchos problemas con el ayuntamiento. Es un cobertizo pequeño, con capacidad para un coche grande, cuyo estilo de construcción no pega nada con la piedra de las casas de alrededor, y lleno de trastos y estanterías donde Santiago guarda de todo. Todo lo tiene por duplicado, y algunas cosas, por triplicado. Dice que es un desordenado y lo pierde todo, así se asegura de tener material de repuesto de todo lo que puede necesitar. Tiene dos coches, una *pick-up* blanca, que hace días que está en el taller, y un Nissan Terrano azul, que es el que ha cogido esta mañana para ir a la granja. Podría ir hasta allí a pie, porque está a dos pasos, pero tiene por costumbre ir en coche porque así no le hace falta hablar con nadie. Además, como

luego tiene que desplazarse hasta el cuartel de Ansó, a siete kilómetros, ya tendrá el coche a mano. El vehículo, como siempre, está muy sucio y desordenado. Hace fresco. Los colores del amanecer en Fago son muy bonitos. Es un pueblo de postal. Va tapado con un anorak verde oscuro y una gorra de lana de color negro, la que lleva siempre. Solo se oyen los cencerros de las vacas y el murmullo de los animales. En la granja todo está en orden. Mejor dicho, en desorden, como siempre. Sin quitarse el anorak se dirige al ternero y lo coge por el cuello con el brazo izquierdo, sujetándolo con afecto pero con fuerza, mientras le pone el biberón en la boca con la derecha. Lo ha fabricado él mismo con una botella de naranjada de plástico de litro y medio y una tetina. El animalillo mama con delirio.

Santiago Mainar conoce perfectamente todos los sonidos de la granja y de la montaña. Es agente forestal desde hace veintisiete años. Los animales, cuando comen, hacen ruido, y no acostumbran a dejar de comer, pero hoy les llama la atención un rumor lejano muy extraño que cada vez está más cerca. Sirenas estridentes y motores de vehículos que rompen estrepitosamente el silencio del valle. Paran junto a la nave. Él deja el ternero y, con el biberón en la mano, sale afuera. Una treintena de guardias civiles rodea el edificio.

El primer hombre que se encuentra es uno de los que ya tenía visto de los interrogatorios

–¡Ya sabe a lo que venimos! –le dice el agente, con fría educación.

–¡Sí, perfectamente! –responde Santiago Mainar.

–¿Y no sales corriendo ni te escapas? –pregunta el guardia, con un puntillo de socarronería.

–¡No! Os estaba esperando –y, señalando el biberón con la cabeza, añade–: está a la mitad. ¿Puedo acabarlo?

–¡No! –contesta secamente el agente, que ahora lo vuelve a

tratar de usted–. Déjelo y olvídense de todo. No se preocupe y vaya despidiéndose de las vacas y de todo lo demás.

En el campanario del pueblo acaban de sonar las nueve y media.

En la pequeña y desordenada granja, el blanco y el verde de los todoterrenos de la Guardia Civil centellean bajo el sol matutino. Otro guardia, también joven, da un paso hacia Santiago tendiéndole unas esposas. Él deja el biberón sobre un bidón de plástico y ofrece las muñecas, como en las películas. El agente le esposa, le señala el coche que tiene más cerca y le hace sentarse en el asiento trasero. Un Nissan Patrol muy limpio. Todo esto ha tenido lugar esta mañana mientras Marisa abría la tienda de Zaragoza sin pensar en nada más que en el comedor que tenía que decorar.

Ahora, a la una del mediodía, Marisa y Fernando llegan a Huesca y se encuentran con el abogado Notivoli. Van a comer. El letrado es veterano y lleva la batuta.

–Sé que la situación es muy compleja y difícil para vosotros, pero, por favor –dice, en un tono muy amable–, hablemos con calma de todo y confiad en mí.

–Sí, claro, claro... –deja escapar Marisa, con cara de desconcierto.

–Quiero que sepáis –continúa el letrado– que será el caso de mi vida. Llevo muchos años en esto y el caso es muy bonito... bueno, quiero decir que es un reto muy importante. El mayor reto que puedo tener. Sin duda.

Javier Notivoli tiene pinta de chulo madrileño. Bordea los cincuenta y se peina el pelo hacia atrás con gomina, dejando al descubierto una frente imponente. Suele llevar camisas de rayas rosas o azules con el cuello y los puños blancos. Le preocupa la imagen, aunque hoy las circunstancias le han cogido poco arre-

glado. La ocasión se merecía algo más, pero al salir de casa por la mañana no se imaginaba que le iban a encargar la defensa del crimen más mediático de los últimos años.

El abogado está acostumbrado a tratar con gente que entra y sale de la cárcel. Aragón no es muy grande, y abogados, jueces, policías y delincuentes se conocen bien. Pero Marisa no forma parte de ese mundo. Nunca había necesitado un abogado, nunca había hablado con un policía judicial y no ha tratado jamás con un juez ni ha estado cerca de un calabozo o de una prisión.

–¡Pobrecita, la que te ha caído encima! –le va diciendo Notivoli de vez en cuando, poniéndole la mano en el hombro o acariciándole la espalda con delicadeza.

Marisa aún no se da cuenta de lo que le espera. Tiene una sensación extraña, está nerviosa y angustiada. No sabe qué hacer ni qué pensar. Mientras hace el esfuerzo de acabarse el plato de sopa, intenta hablar de cuestiones prácticas.

–Y estas cosas, ¿qué valen? –le pregunta, compungida, al abogado.

–No te preocupes ahora por eso, mujer –responde Notivoli–. Eso no será un problema, porque... vosotros, ¿cómo estáis de posibles?

–¿De qué?

–De dinero, mujer, de dinero.

–Pues normal. Hombre, ¿qué quiere decir con *dinero*? Somos gente normal, sencilla –contesta una Marisa temerosa de pisar un terreno desconocido.

–No os preocupéis, que el dinero no será un problema, de verdad. Hay que esperar un poco para ver los peritos necesarios y cosas de esas, pero podemos estar hablando de un millón y medio de pesetas, más o menos –dice el abogado, que todavía no se ha adaptado al euro y quiere cerrar el tema enseguida–. Pero ahora vamos a ocuparnos de Santiago. ¡Ah! Y con la prensa, ya hablaré yo.

Pagan la comida y se van para Jaca, donde está el cuartel de la Guardia Civil desde el que se ha llevado a cabo la investigación y donde suponen que deben de haber trasladado a Santiago. No saben, ni se imaginan, que mientras ellos comían, en Fago pasaban cosas determinantes para el futuro de los dos hermanos.

En Fago, el detenido se ha pasado toda la mañana rodeado de un montón de agentes de la Guardia Civil y de una inmensa soledad. Todos contra él. Se ha dado cuenta desde el instante en que se ha visto sentado dentro del todoterreno de la Benemérita, esposado y viendo cómo todo el mundo le miraba igual que a un trofeo. Santiago, como si no fuera consciente de sus actos, se deja llevar. Uno de los guardias se le acerca, abre la puerta del coche y se apoya en él con aires de superioridad.

–Sabemos que ha sido usted –dice el agente, con firmeza pero mirando al suelo.

–¡Ah! ¡Pues muy bien! –contesta el detenido, con un toque de sarcasmo y manteniendo la mirada alta, fija en el horizonte.

El guardia hace una breve pausa, y cuando se dispone a decir otra cosa Santiago se le adelanta:

–Si tú lo dices, será eso, ¿no?

–Sí. Lo tenemos claro –asegura el guardia con la mirada de nuevo clavada en el suelo. Calla un instante y enseguida pregunta–: ¿Va a colaborar?

Ha levantado la mirada buscando los ojos de Santiago. Él ha encogido los hombros y, sin apartar la mirada de la lejanía, responde sin entusiasmo.

–Claro, pero ¿dejaréis a los vecinos del valle en paz?

–Desde luego.

–Pues me tenéis que ayudar a recordar.

Sentado en el asiento trasero del Nissan Patrol de la Guardia Civil, esposado, solo, viendo cómo decenas de guardias van de aquí para allá por su granja, recuerda que hace dos días un ami-

go suyo, un agente forestal de Ansó, lo fue a ver para decirle que tuviera cuidado.

–Van a por ti, Santiago.

Ahora rebobina todos los detalles de los últimos días. Está convencido de que le están haciendo pagar que no se arrodillara ante el alcalde y que haya hablado tanto ante los medios de comunicación. Aquella frase que no ha parado de repetir a los periodistas, «solo le parten la cara al que la da», se ha hecho realidad.

Mientras la mayoría de los policías se quedaban registrando la granja, a él lo han llevado a la ermita dedicada a San Cristóbal, desde donde hay una vista magnífica de Fago, y lo han tenido allí dos horas largas. Él, entre curioso y desconcertado, ha ido entrando y saliendo del coche, esposado, moviéndose con relativa libertad. No ha parado de conversar con los hombres que lo custodiaban. Han repasado todo lo que han publicado los periódicos, y también han hablado mucho de los detalles de la investigación. Al alcalde lo mataron de un tiro de escopeta en el pecho. En el corazón, para ser más exactos. Un disparo con postas, una munición prohibida, propia de los cazadores furtivos. El viernes por la noche, hacia las diez, le prepararon una emboscada. Pusieron piedras en la carretera para obligarle a parar y bajarse del coche, y entonces le dispararon y lo arrojaron al barranco, allí mismo. Luego abandonaron su coche, un Mercedes 190, en un bosquecillo del término de Berdún. Los policías le dicen a Santiago que el coche del alcalde tenía una rueda floja de aire. Le explican dónde fue abandonado exactamente y hablan de cuánto tiempo se tarda en ir desde allí a Fago. También hablan del crimen. De cómo debieron de colocar las piedras en la carretera para hacer parar al alcalde y de la distancia a la que le debían de haber disparado más o menos: unos cinco o siete metros.

Entre lo que les ha escuchado decir a los periodistas durante los últimos días y lo que le acaban de contar los guardias, Santia-

go ya es un hombre bien informado. Solo él sabe si conocía todos los detalles de primera mano desde el viernes en que mataron al alcalde.

Abajo, en el pueblo, empiezan a llegar los periodistas. Conocían el camino, porque muchos habían ido como enviados especiales cuando se descubrió el crimen. En un primer momento se atribuyó el asesinato a ETA, porque Fago está tocando al valle navarro del Roncal y el alcalde muerto era del Partido Popular, pero enseguida se vio que era un crimen rural. Encontraron el cuerpo el sábado. El domingo, los periódicos titulaban que se habían recogido muestras de ADN de todo el pueblo porque todos los vecinos eran sospechosos, y ya no hubo ni un periódico, ni una radio, ni una televisión, que no informase detalladamente de todo lo que tenía que ver con el crimen de Fago. Ahora, 2 de febrero, los periodistas están para hacerse eco de la detención. Muy pocos utilizarán la palabra «presunto», será directamente «autor». La gente del pueblo se ha vuelto a encerrar en casa y, mientras haya forasteros, seguirán así, con los porticones entreabiertos, observando el movimiento de la calle, oyendo la radio o viendo la tele.

Al mediodía, todos los medios de comunicación dan como primera noticia que han detenido a uno de los asesinos y que pronto caerán los otros autores, porque los investigadores tienen claro que se trata de un complot.

Los guardias, que se han pasado la mañana charlando con Santiago junto a la ermita de Fago, reciben una orden por radio.

–¡Lleven al detenido a su casa inmediatamente!

En Casa Antoniales, Santiago se sienta en su silla de siempre, junto a la mesa y la viga de madera que le han hecho compañía durante tantas noches de soledad. Pero hoy no encenderá la tele de cuarenta y dos pulgadas para ver documentales de Canal Plus o de Discovery Channel; hoy está esposado. La estancia es

pequeña, para unas seis u ocho personas muy juntas. Este mediodía hay unas diez o doce que entran y salen. Muchas, uniformadas. En una esquina está la cocina, separada del comedor por un mostrador con un jamón tapado con un trapo más o menos blanco. Santiago tiene la mirada perdida, como si no viera nada. Los visitantes se mueven de aquí para allá revolviéndolo todo. Él intenta no mostrar ningún sentimiento y, de vez en cuando, parece clavar la mirada en la pequeña ventana de un palmo cuadrado, a través de la cual se ve la otra casa rural del pueblo, Casa Tadeguaz, propiedad del alcalde ahora muerto.

A las dos del mediodía llega la abogada de oficio. La ha ido a buscar la propia Guardia Civil. Apenas habla con el cliente a quien debe defender. El agente que dirige la investigación mira al secretario judicial y da la orden de empezar. Es un hecho totalmente inusual, porque este acto está tomando cariz de declaración judicial, más que policial, y, del mismo modo que el secretario o la abogada se han desplazado expresamente desde Jaca y Sabiñánigo, podrían haber llevado al detenido a Jaca. Él no es consciente de esta circunstancia, y nadie le advierte de ello. En un gesto probablemente de agradecimiento porque colabora, le quitan las esposas. Todo cuanto declarará a partir de ahora y durante las próximas horas hará buena aquella frase tan oída: «Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra».

En la casa no hay ni ordenador ni máquina de escribir. Una agente de la Guardia Civil, sentada en la mesa, sigue las instrucciones del secretario judicial y toma nota de todo en un fajo de folios con el sello oficial de la Administración de Justicia.

Un guardia vestido de calle deja una grabadora encendida sobre la mesa sin que Santiago sea consciente de ello. Le han leído sus derechos, él ha dicho que sí a todo y, cuando le han preguntado a quién tenían que avisar, ha dado el nombre de su hermana mayor, Marisa Mainar.

La Jacetania es una comarca aragonesa formada por una gran planicie a los pies de los Pirineos con mucha vida turística por la proximidad de las estaciones de esquí, pero también incluye las montañas y los valles más vírgenes y bonitos de Aragón. La capital es Jaca, de unos doce mil habitantes. Es allí donde están los juzgados de instrucción y el cuartel de la Guardia Civil.

Mientras Santiago todavía está declarando en el salón de su casa, Marisa y el abogado Notivoli llegan a Jaca. Aparcan los coches cerca del cuartel y entran en un pequeño bar que hay en la misma avenida. Son cuatro: el abogado y una ayudante, Fernando y Marisa. Los dos abogados empiezan a hacer llamadas: juzgados, Guardia Civil, Colegio de Abogados, juzgados otra vez... De fondo, ruidos de la máquina de café, la tele, silencios... el tiempo va pasando. Por fin Notivoli hace un gesto de alegría.

–Bueno, por fin. Ya sé quién es la abogada que está asistiendo a Santiago y también sé dónde están –dice, ante la cara abatida de Marisa.

–¿Y dónde están? –pregunta la hermana.

–En Fago, en su casa. Parece que le están tomando declaración allí.

–¡Ah! –se sorprende Marisa–. ¿Y eso es normal?

–Pues no mucho –admite el letrado–, pero no hay que hacer caso de estas cosas. También he conseguido el teléfono de la abogada. Vamos a llamar. ¿En Fago hay cobertura? –pregunta mientras marca el número.

–¡Hola! ¿Eres la abogada? –Notivoli habla rápido, con voz grave–. Soy Javier Notivoli, y la familia de Santiago Mainar me acaba de contratar para llevar su defensa –dice el hombre con serenidad pero reclamando, sin decirlo, un traspaso de poderes–. ¿Me puedes poner al corriente de cómo va todo, por favor?